

cual Pio VI era muy entendido, pues tenia erudicion y conocimientos literarios que, probablemente sin él advertirlo, brillaron en la biblioteca de la ciudad. Allí pasó un incidente que debió meter mucho ruido en Alemania. El bibliotecario Mestrens, que era protestante, tuvo el encargo de arengar al Santo Padre. Arrastrado por la admiracion y el ascendiente que la virtud ejerce en todas las almas bien nacidas, Mestrens se valió de espresiones tan respetuosas y tan poco usadas en boca de un protestante, que escitaron la murmuracion de los sectarios; pero esta llegó á su colmo cuando le vieron doblar la rodilla ante el Pontífice de la Iglesia romana. Todos los fanáticos hijos de Lutero gritaron idolatría, y no le perdonaron el haber dado ocasion de un triunfo tan brillante al Gefe de una Religion con la que pretendian rivalizar.

Pio VI se detuvo tres dias en Augsburgo, y dejó allí, como en todos los demas puntos donde permaneció algun tiempo, la opinion mas favorable de su afabilidad, elocuencia y luces. Las Memorias de aquel tiempo, llenas de los sentimientos que el Pontífice supo inspirar, no hablan de él sino con entusiasmo. Muy lisonjero le era ciertamente no recibir mas que muestras de veneracion en una ciudad en donde la Iglesia había recibido aquella dolorosa herida que todavía está vertiendo sangre y en donde se firmó la famosa confesion que del nombre de la ciudad se llamó «Confesion de Augsburgo;» en una ciudad, en fin, en la que una gran parte de los habitantes desconocian su autoridad espiritual.

Además del elector de Tréveris y otros muchos personajes de primer rango, se había encontrado tambien en Augsburgo con cuatro prelados del imperio, soberanos en sus obispados. Preguntó al de Ochsenhausen en Suabia, cuántos conventos tenia en sus dominios. «Once, respondió el prelado; pero seis de ellos están enclavados en territorio austriaco.» El obispo hacia esta observacion porque

el emperador, por su propia autoridad, había decretado, que ningun religioso de sus Estados obedeciese en lo sucesivo á una autoridad extranjera. «¡Oh mis queridos hijos! dijo el Papa suspirando, nada he dejado de hacer para que todo quedara en el ser que tenia antiguamente. Pero..... sin embargo, aun no está terminado este asunto. Esperemos y oremos.»

Al salir de la ciudad tomó el camino del Tirol. El elector de Tréveris le acompañó hasta las fronteras de su obispado de Augsburgo. Allí se verificó una separacion aun mas tierna que las anteriores, pues el prelado elector se había constantemente distinguido por su inalterable adhesion á la Santa Sede.

El Santo Padre llegó á Inspruck el 7 de mayo, donde fué recibido por la archiduquesa Isabel, tercera hermana del emperador. Esta señora era abadesa en esta capital del Tirol. Su hermano la había recomendado que recibiese al Soberano Pontífice con toda la solemnidad que le fuese posible, y la archiduquesa sacó tambien de sus piadosos sentimientos un gran suplemento á las instrucciones del emperador, cuyas intenciones quedaron mas que cumplidas.

En Brixen el Papa fué recibido por el obispo, que á fuerza de arrepentimiento trató de hacerle olvidar que el año anterior había declamado violentamente contra la bula *Unigenitus* y prohibido á su clero adherirse á ella.

En Trento fué obsequiado por el obispo de esta ciudad, tan célebre en los anales de la Iglesia por el inmortal concilio que en ella se celebró en el siglo XVI; pero Pio VI no se detuvo en ella.

Después de haber atravesado por Roveredo, pisó el 10 de mayo el territorio veneciano. Verona le recibió magníficamente. El ancho cauce del Adige, que baña los muros de esta ciudad, repitió el resplandor de la mas brillante iluminacion. Pio VI fué conducido pomposamente al anfiteatro de Verona, y

desde lo alto de aquel magnífico monumento, á sus pies; pero Pio VI le levantó bondadosamente. Desde aquel momento se estableció la mas dulce intimidad entre ellos, y principió á despertar las sospechas de los recelosos vigilantes del dux. Todos aquellos ilustres venecianos entraron en la misma góndola con el patriarca y los dos nuncios, el de Viena, Garrampi, que venia acompañando al Pontífice, y el de Venecia, Zanucci. Su comitiva subió á otras dos góndolas del dux. Tras de ellas venian cinco ó seis mil botes y navecillas lujosamente adornadas, lo cual producía una variedad cuyo encanto era indefinible. Al aproximarse al gran canal de la Moneda, que es la principal entrada de Venecia, el Papa fué saludado con doscientos cañonazos disparados por siete galeras ancladas en aquel lugar.

Nada parecido á esto debió turbar el placer que causó á Pio VI el interesante recibimiento que tuvo en Pádua y en Venecia.

A pesar de que tenia algunos disgustos con la república de Venecia, como luego veremos, no quiso pasar tan cerca de aquella capital sin proporcionarle la satisfaccion que tanto deseaba de verle dentro de sus muros. El senado, sabedor de sus benévolas intenciones, había enviado á recibirle hasta las fronteras del Tirol á dos procuradores de San Marcos, Manini y Contarini, quienes en todo el camino presidieron los honores que se le preparaban.

Su entrada en Venecia presentó un espectáculo que ninguna otra poblacion del mundo podría acaso reproducir, y que los mismos venecianos nunca habían visto hasta entonces. El patriarca y diez y ocho obispos de la república salieron á su encuentro hasta Fusina, cada uno en su góndola particular y cada uno acompañado de los generales de las órdenes de su diócesis. A orillas del Brenta había una galera lujosamente aparejada, esperándole de parte del gobierno. En ella fué conducido en medio de una inmensa multitud de barcas y góndolas hasta la isla de San Jorge-in-Alga, distante media legua de la ciudad. Allí le esperaba el dux, el senado y los principales funcionarios, todos en traje de ceremonia. El Papa, al descender de su galera, fué recibido en los brazos del dux que quiso postrarse

á sus pies; pero Pio VI le levantó bondadosamente. Desde aquel momento se estableció la mas dulce intimidad entre ellos, y principió á despertar las sospechas de los recelosos vigilantes del dux. Todos aquellos ilustres venecianos entraron en la misma góndola con el patriarca y los dos nuncios, el de Viena, Garrampi, que venia acompañando al Pontífice, y el de Venecia, Zanucci. Su comitiva subió á otras dos góndolas del dux. Tras de ellas venian cinco ó seis mil botes y navecillas lujosamente adornadas, lo cual producía una variedad cuyo encanto era indefinible. Al aproximarse al gran canal de la Moneda, que es la principal entrada de Venecia, el Papa fué saludado con doscientos cañonazos disparados por siete galeras ancladas en aquel lugar. Hacia ya algunas horas que todas las campanas de la ciudad echadas á vuelo anunciaban su llegada. Las orillas de los canales, las ventanas y los tejados de las casas estaban cargados de espectadores; jamás se había visto en Venecia semejante entusiasmo, ni tan prodigiosa concurrencia, ni ciudad alguna de Europa podía presentar bajo formas mas multiplicadas y pintorescas los grupos de aquella muchedumbre, engalanada como los dias festivos.

Después de las mas brillantes ceremonias, cuya descripcion produciria demasiada uniformidad, se hizo ver y recorrer al Pontífice todo lo que era digno de llamar la atencion de tan ilustrado conoecedor. Habíanle reservado el placer de la solemnidad mas á propósito para escitar la curiosidad de un forastero, esto es, la celebracion del casamiento del dux con el mar Adriático. Esta ceremonia se verifica anualmente el dia de la Ascension; pero aquel año, esperando al Pontífice, se había ido aplazando para el lunes de Pascua de Pentecostés. Creíase que asistiría á ella: el dia antes había oficiado con la mayor solemnidad en uno de los principales templos de la ciudad; pero al salir de él subió á su carruaje y se puso en camino. Se le hicieron instancias para

detenerle, pero fueron en vano, pues su resolución era invariable, si bien solo se pudo conjeturar los motivos de una determinación tan súbita como inesperada. Había llamado la atención la estremada solicitud de los miramientos del dux para con el Soberano Pontífice. La suspicacia republicana consideraba como demasiada íntimas varias conferencias que había tenido con él, y algunas veces aun hallándose en público, le había hablado reservadamente. Acaso el dux había espresado sus sentimientos de desaprobación por la conducta que la república había tenido respecto de Su Santidad.

Esta conducta, en efecto, no podía menos de haber afligido el corazón del Romano Pontífice y darle ocasión de extrañar la conducta de un pueblo, que mas que ninguno otro de Italia debía felicitar de sus relaciones con la Santa Sede. En el espacio de trescientos cincuenta años habían ocupado la Sede apostólica cinco hijos de aquella ciudad. Las mas eminentes dignidades de la Iglesia habían estado confiadas á venecianos, y sin embargo su gobierno había tenido constantemente cuestiones con los Pontífices. Benedicto XIV, que era incapaz de rencor, abrigaba una prevención insuperable contra los venecianos. Clemente XIV, á pesar de sus concesiones, no pudo llegar á conciliarse su amistad. Pio VI, que parecía destinado á sufrir todo género de contrariedades y penas, tuvo tambien á su vez que quejarse de ellos (1). Un gran número de abadías y prebendas estaban bajo el patronato de algunos nobles venecianos. De repente el senado las secularizó y declaró sus bienes incorporados á los de la nobleza. Esta fué la primera señal de una disputa que solo pudo ser terminada por una estraña fatalidad, con la destrucción de ambos gobiernos. Pio VI, justamente indignado de un proceder tan poco católico y de un hecho que dejaba atrás en atrevimiento y heterodoxia á todos los que

(1) *Hist. de Pio VI*, p. 201-202.

José II ideó ó llevó á cabo posteriormente, dijo al embajador veneciano: «Si el senado no revoca su decreto, yo no reconoceré al nuevo patriarca de Venecia. Tiempo es ya de que vuestra república declare si quiere permanecer en la barca de San Pedro, ó salir de ella.» El embajador contestó á la amenaza con otra amenaza: «Si así fuese, dijo, yo no tardaría en salir de Roma, ni vuestro nuncio en volver á esta ciudad.» «Poco me importa, replicó el Papa, tener cerca de mí persona al embajador de un Estado que infringe todos los derechos de la Santa Sede, en tanto que yo elevo sus súbditos á las primeras dignidades de la Iglesia.» Los dos cardenales Rezzonico, que tambien eran venecianos, intervinieron en esta cuestión. Pio VI que naturalmente propendia á la paz, aun cuando tuviera los mayores motivos de resentimiento, remitió el conocimiento de este asunto á cinco cardenales de los mas ilustrados del Sacro Colegio, y todos menos uno opinaron que el patriarca no debía ser confirmado en su dignidad hasta que el senado pusiera remedio á los daños causados á la Santa Sede. Pio VI se mostró mas indulgente y mas conciliable que su Consejo: y como estaba bien enterado de los sentimientos equitativos y virtuosos del patriarca, creyó deberle preconizar. Efectivamente, apenas el patriarca fué reconocido, cuando pidió que todos los decretos contrarios á los derechos de la Santa Sede fuesen revocados. El senado, lejos de acceder á esta solicitud, cometió nuevos atentados contra la jurisdicción del Romano Pontífice. El pueblo murmuró altamente contra aquella corporación que se dejaba dirigir por el fogoso ímpetu de los senadores jóvenes; pero sus quejas se perdieron en los aires. Por último, la revolución francesa, tan formidable á los soberanos, á todos los gobiernos y á la Religión, advirtió á los soberanos, á los gobiernos y sobre todo á los Estados católicos, que debían hacer causa común. Venecia y

Roma se hallaban aun disputando cuando una y otra fueron arrastradas por el torrente de la revolución. El motivo de sus disputas en aquel momento era el curso del Pó.

En vista de las disposiciones hostiles del gobierno veneciano para con la Santa Sede, se explica el recelo que las amistosas conferencias del dux con Pio VI hicieron concebir á los sombríos inquisidores del Estado. No pudieron disimular su resentimiento al dux: recordaronle con dureza sus deberes, su dependencia y sus peligros (1). El Papa lo conoció: acaso temió comprometer al afectuoso huésped, cuya urbanidad podia ser desfigurada como crimen de Estado; y sin esperar la realización de la ceremonia tan brillante como extraordinaria que estaban preparando para el dia siguiente, salió de Venecia el mismo dia de Pentecostés.

Volvió á pasar por Pádua donde le esperaban ya nuevos obsequios. Al llegar á Canaro, limite del Estado veneciano y del de la Iglesia, se retiraron los dos procuradores de San Marcos que le habían venido acompañando. Su Santidad fué recibido en las márgenes del Pó por los cardenales de Lances y Caraffa, que venian á cumplimentarle por su regreso á Italia. Despues de haber pasado el puente últimamente construido sobre este rio, entró solemnemente en Ferrara, primera ciudad de sus Estados viniendo de Venecia, y se puso en posesión del ejercicio de su soberanía. Al dia siguiente de su llegada, proclamó en su consistorio al cardenal Herzan, y vistió igualmente con la púrpura romana al arzobispo de Ferrara, cardenal Mattei.

En Bolonia recibió la afectuosa visita del duque de Parma. Este príncipe no había heredado las opiniones filosóficas que habían inducido á su padre á molestar á la corte romana y atentar á los derechos de la Iglesia.

En Imola, Pio VI fué obsequiado por su

(1) *Hist. de Pio VI*, p. 122-131.

el cardenal Bandi. En la puerta de Faenza halló las inscripciones mas lisonjeras. Tiernas emociones le esperaban tambien en Cesena, donde reposó por segunda vez en el seno de su familia reunida, que se consideraba feliz en volverle á ver y en hacerle nuevamente los honores de su patria. Continuando su camino por Pesaro, Fano y Sinigaglia, llegó á Ancona y fué recibido con grande aparato. Acababan de erigirle en esta ciudad una estatua que le representaba en el acto de bendecir al pueblo. Pasó á visitar el puerto, y al estampido del cañon y al sonido de una música marcial montó en uno de los buques que le tenían preparados para recibirle dignamente. En Nuestra Señora de Loreto, Recanati y Macerata no descansó mas de un breve rato, y ni aun puede decirse que descansó, pues en todos los puntos donde se detenía celebraba el oficio divino.

Los tributos de admiración y respeto se iban acumulando á su paso, y á medida que se acercaba á Roma, eran llevados al último punto. En varias partes pasó por arcos triunfales, y encontró inscripciones honrosas y merecidas que publicaban su valor, su devoción y otras virtudes. Desde Ancona pasó por Foligno, Spoleto y Narni á Otricoli. En esta población dió nuevo testimonio de su buen gusto por las artes y las ciencias, que con tantas maravillas como hacia ya dos meses que diariamente pasaban á su vista, no podia menos de haberse desarrollado mas y mas. Allí le esperaba el secretario de la congregación del concilio, Carrara, que tambien había cultivado ventajosamente las bellas artes. Bajo su dirección proseguían por los alrededores de Otricoli las escavaciones de donde se habían sacado monumentos tan preciosos para el Museo Pio Clementino, estatuas antiguas, bustos, tripodes, columnas y mosaicos. Pio VI aplaudió su celo rogándole no desistiera, y le mandó proseguir en una tarea, cuyos efectos eran tan ventajosos para la Italia y para toda la Europa científica.

Al acercarse á su capital, recibió testimonios tan expresivos de la satisfacción que causaba su regreso, que el corazón más apático no hubiera podido resistir á la emoción. Aquellos gritos del alma, aquellas aclamaciones espontáneas en que no cabe artificio, todas aquellas seguras prendas del más tierno afecto y de la gratitud más sincera, le eran prodigadas á cada paso; pero su modestia exigió que se omitiera la mayor parte de los obsequios que le destinaban. Se pensaba erigirle un arco triunfal en la plaza del *Popolo* por donde debía pasar, iluminar la ciudad y celebrar su entrada con fuegos artificiales y otras diversiones públicas. El Sacro Colegio quería salir á recibirle hasta la puerta del *Popolo*. Rehusando Pio VI todos estos honores, solamente permitió que el cardenal decano Albani, el cardenal Antonelli, y su sobrino el duque de Braschi salieran á recibirle á Ponte-Molle. Pero ni aun así pudo librarse de las estrepitosas aclamaciones de la alegría pública. Una prueba bien incontestable é interesante del afecto que todo el pueblo le profesaba, es que su regreso hizo olvidar la carestía á que se veía reducido el pueblo por el subido precio de los víveres. Así que la calamidad pública llegó á oídos del Pontífice, espidió un edicto y prodigó socorros que hicieron cesar aquella penuria momentánea. Vióse particularmente brillar en esta ley la sabiduría que se desvela por la subsistencia del pobre. Abolióse una pequeña contribucion (si es que para el pobre hay contribucion que merezca el nombre de pequeña) que todo el mundo había hasta entonces pagado, para atender á la salubridad de la población.

El Papa dijo á sus íntimos amigos desde su primera entrevista, que á su parecer el emperador tenía un gran fondo de Religión, pero que desde la muerte de su madre había sido estraviado por sus consejeros. Acaso Pio VI al formular este juicio se dejaba seducir por la bondad de su corazón. Tal vez los

actos religiosos que había visto practicar á José, y que su conducta posterior dió lugar á que se conociera que no habían sido más que políticos, alucinaron al Santo Pontífice. Mas este error aumenta los quilates de la bondad de Pio VI, pues no quiere decir sino que juzgó del emperador con arreglo á la pureza de su cristiano corazón, es decir, creyendo que los sentimientos interiores de aquel estuviesen conformes con sus demostraciones exteriores.

Pio VI, ageno al lenguaje de las cortes, no pudo ni quiso disimular con José II; así pues le manifestó con toda franqueza su afecto á los jesuitas. El emperador alabó esta inclinacion que en nada perjudicaba á sus planes de destruccion, sabiendo que los ilusos gobiernos que habían abolido esta orden, que habían desviado ó roto este impenetrable escudo de su poder y de la Religión, no se hallaban por entonces dispuestos á restablecerlo. Aseguró al Papa que si en su mano hubiera estado el remediarlo, no se habría efectuado la supresion de los jesuitas; que Carlos III no había andado cuerdo en acometerla con tanto afán; y por último, que le era muy grato que la emperatriz de Rusia se hubiera resuelto á conservarlos en sus Estados. Hoy se puede dudar que José II pensase efectivamente de este modo. Mas como quiera que sea, Pio VI lo participó á los embajadores de España y Francia; pero sea que estos creyesen ó no en la sinceridad del emperador, la venda de la ilusion era demasiado espesa para que la luz pudiera llegar hasta los ojos de estas dos cortes obcecadas.

Pio VI no se apresuró á dar solemnemente cuenta al Sacro Colegio de cuanto le había ocurrido en Viena. Acaso retardando este acto público se lisonjaba de recibir aun nuevas satisfacciones por parte de la corte de Viena. Por último, dió á conocer auténticamente en un consistorio, el 25 de setiembre de 1782, todo lo que le había sucedido en el tránsito, y

el resultado de su negociacion con el emperador. Si causó admiracion su lenguaje fácil y abundante, como espontáneamente fluye de un corazón profundamente sensible, no fué menos digna de ser admirada su serenidad, su modestia, su buena fé, su firmeza, su desinterés y munificencia. « Los brillantes conocimientos del emperador, dijo el Pontífice, su afecto enteramente particular del que tantas pruebas hemos recibido, su afabilidad y humanitarios sentimientos, nos parecieron del mejor género y no nos engañamos seguramente en nuestro modo de pensar. Hemos efectivamente recibido de su equidad algunas importantes concesiones, y se nos da la esperanza de alcanzar otras varias. » Estas breves palabras compendian la más esacta verdad de todo lo sucedido en la negociacion; y en un breve, dirigido á la cristiandad, se proponia dar á conocer el resultado y las ventajas que de ella había conseguido la Iglesia. Pero los ulteriores procedimientos de José II impidieron la egecucion de este proyecto.

Hacia ya tiempo que aun en Roma circulaba aquel irreligioso veneno que se había infiltrado en todos los Estados, en todas las grandes ciudades y hasta en algunas aldeas de los Estados europeos. Encontráronse dos libros que vendian secretamente las emponzoñadas producciones de la secta filosófica, y habiéndoseles hecho comparecer ante el Santo Oficio, fueron reprendidos en la sala del tribunal, se les aplicó el merecido castigo y pagaron una multa. Este saludable ejemplo suspendió los estragos de la impiedad, pero no la destruyó enteramente.

Pio VI empezó á sufrir nuevos disgustos de parte del emperador. Este príncipe, segun las máximas de la secta á que estaba afiliado, toleraba en cuanto era compatible con el decoro público, la libertad de imprenta. Habiéndole hecho saber que un folleto intitulado: *¿Qué cosa es un Papa?* y otros del mismo jaez, escitaban muchas murmuraciones y descontento

de parte del público sensato, respondió que la libertad de imprenta trae efectivamente consigo varios inconvenientes; pero que también produce buenos resultados. Sin embargo, se mandó á los fiscales de imprenta prohibir todos los libros licenciosos, y dos censores que se habían mostrado demasiado indulgentes perdieron sus destinos. Pero semejantes medidas no se estendian ni podían estenderse á las obras anti-cristianas, pues habiendo el emperador autorizado la libertad de cultos, no podía sin inconsecuencia impedir que cada sectario escribiese en favor de sus opiniones, y por lo tanto contra la Religión cristiana. Sin embargo, en virtud de un manifiesto imperial dado á fines de 1782, los obispos del Milanesado tuvieron facultad de representar contra los libros que juzgasen contrarios á la Religión; facultad que, como ya se ha dicho, era incompatible con la tolerancia de cultos, y de la cual no podía por consiguiente resultar beneficio ninguno para el catolicismo. De aquí nacia que la debilidad é insuficiencia de las leyes con que se pretendia atajar el desenfreno, no servian más que para darle nuevo estímulo.

El folleto de que acabamos de hacer mencion era obra de un antiguo profesor de derecho canónico en Viena, llamado Eybel, autor de otro escrito contra la confesion auricular, condenado por Pio VI en su breve *Mediator* de 11 de noviembre de 1784. En el mismo instante en que el viaje del peregrino apostólico despertaba, con gran disgusto de los enemigos de la Santa Sede, sentimientos de veneracion hácia el sucesor de San Pedro, Eybel los había tratado de sofocar publicando un escrito, en el que mancillaba con el nombre de fanáticos á cuantos fieles preveía que habían de ir á tributar su respeto al Vicario de Jesucristo. El autor hacia de la Iglesia una especie de república, en la que el Papa estaba limitado á desempeñar las funciones de presidente, recibia su autoridad de la corporacion solamente, y no tenia más de-